

Los intelectuales en el Fin de siglo: ¿obreros de la inteligencia o aristócratas del espíritu?

Javier Blasco

Está muy bien documentada la historia de los orígenes del término “intelectual” en el Fin de siglo. Aunque dicho término, como adjetivo, era de uso normal en español, sólo a partir de 1898 comienza a documentarse su uso como sustantivo. Inman Fox¹, con puntualidad y rigor, ofrece la documentación precisa para confirmar este extremo, y no insistiré más en tal dirección.

Sí diré —repitiendo lo sabido— que los orígenes del término están directamente vinculados al asunto Dreyfus y a la respuesta que el mismo suscita entre ciertos grupos profesionales franceses (enseñantes, médicos, abogados, ingenieros, etc.) de la Francia del momento. Exactamente, a partir del 14 de enero de 1898, durante varias semanas, en *L'Aurore*, periódico de París que dirige Georges Clemenceau, bajo el título "Manifestes des Intelectuales" fueron apareciendo una serie de textos, firmados por hombres de profesiones liberales, que venían a sumarse a la “acusación” lanzada por Zola el 13 de enero de 1898, en carta dirigida al presidente de la III República. A partir de aquí, el vocablo "intelectual" se extiende por toda Europa y el uso como sustantivo se generaliza². Recordemos que, en 1899, Antonio Machado, junto con Pío Baroja, participó (al menos como espectador) en una agitada manifestación en favor del capitán judío, injustamente condenado por un alto tribunal militar.

Desde luego, los firmantes ni representan una única ideología política, ni tienen unos intereses gremialistas comunes. Esa misma heterogeneidad ideológica y profesional es, sin duda, la que determina el nacimiento de una etiqueta suficientemente amplia para englobar la mencionada heterogeneidad. Es así como nace el término “intelectual”. Pero el hecho mismo de que, para diferenciar a los profesionales que apoyan a Dreyfus, fuera necesario crear una etiqueta común —la de "intelectuales"— implica que, al menos para Georges Clemenceau, los firmantes de los manifiestos que siguieron al *J'acuse* de Zola, a pesar de la variedad de profesiones y de ideologías que cada uno de ellos representaba, sí tenían algo en común: el hecho de ser, todos ellos, “obreros de la inteligencia” y la voluntad de manifestarse de forma colectiva ante lo que se considera una injusta arbitrariedad del Estado.

Desde su nacimiento, los "intelectuales" se presentan, pues, como un nuevo "grupo de opinión crítica" frente a la III República francesa. Y los logros de su acción pueden hacer pensar en el nacimiento de una nueva forma de poder político, con clara conciencia de su derecho a ejercer una vigilancia sobre el resto de los poderes del estado.

Esta breve historia, que resume un momento importante del nacimiento del intelectual como figura clave del Fin de siglo, nos permite ensayar una definición provisional de lo que representa en los albores de nuestra modernidad. Digamos que el asunto Dreyfus sirvió de catalizador para la emergencia de algo que estaba en el ambiente. El asunto Dreyfus fue sólo el detonante de algo que hubiera estallado de todas formas y que, desde luego, está en el horizonte de expectativas de los hombres de letras, al menos desde la pregunta abierta, en los inicios del siglo XIX, por Holderlin en su elegía “Pan y vino”: “¿para qué el arte en estos tiempos de miseria?”.

El nacimiento del intelectual está directamente vinculado a las conmociones que conoce una sociedad, en la que las transformaciones derivadas de la industrialización, a lo largo del siglo XIX, hacen sentir su peso y dejan profunda huella en todos los órdenes de la sociedad. Y en España

¹- “El año de 1898 y el origen de los ‘intelectuales’”, en *Ideología y política en las letras del Fin de siglo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, pp. 13 y ss.

²- Juan Marichal, *El secreto de España*, Madrid: Taurus, 1995, p. 175-6.

podrían citarse, por las mismas fechas, algunos sucesos que, si no recibieron tanto eco como el asunto Dreyfus, guardan ciertas analogías con el “affaire” francés y actúan también como elemento aglutinador de los intelectuales. Me refiero a sucesos como los de Montjuich o a los que se derivan de las expectativas suscitadas por el estreno de *Electra* por parte de Galdós³.

Unos y otros sucesos lo que vienen a significar es que, lejos por igual de los papeles que el proletariado y la burguesía comienzan a desempeñar, quienes ejercen determinadas profesiones liberales se hallan impelidos a encontrar su propio espacio de influencia en una sociedad que se está transformando en profundidad. El pueblo comienza a organizarse y a reconocerse como proletariado y lo mismo puede predicarse del pequeño capital que vendrá a enarbolar los valores de la burguesía. La confrontación de los valores defendidos por el proletariado y por la burguesía está determinando el nacimiento del intelectual como grupo desdibujado, sin auténtica conciencia de clase, al que su propia indefinición le empuja a descubrir cuál es su espacio en el nuevo reparto de papeles que tiene lugar en la sociedad de Fin de Siglo. Conviene no olvidar que el término “intelectual” viene a arrumbar el sintagma “obrero intelectual” con el que aparecen nombrados, en ciertos órganos de la prensa socialista, los ejercientes de determinadas profesiones liberales. La conversión del adjetivo en sustantivo, con el abandono del núcleo nominal —“obrero”— es muy significativa.

Aunque la proximidad de muchos de los intelectuales con el republicanismo sea un hecho, ni lo ideológico ni lo político definen al intelectual. Lo que lo define es su ocupación profesional de carácter liberal, apoyado en la cual se otorga a sí mismo el deber de pensar la realidad por encima —o, cuando menos, al margen— de las confrontaciones de clases que entonces empiezan a perfilarse. El intelectual no es ni un obrero, ni un burgués. Y, afiliado o no a un partido, en cuanto intelectual no habla como político, sino como profesional de la inteligencia. Un rasgo inseparable de la idea de intelectual es la independencia política y económica de su pensamiento. A los intelectuales les gusta pensar que se hallan situados «au-dessus de la mêlée» y, desde esta situación de privilegio, enarbolando la legitimidad moral que les da el hallarse equidistantes de los intereses de clase de los brazos o del estómago, en el emergente y renovado cuerpo social se reservan para sí el lugar de la cabeza (o en todo caso el del corazón). Y no se crea que esta serie de analogías figuradas sobre la anatomía constituyen un mero adorno retórico. Las metáforas biológicas son muy frecuentes en un momento de nuestra cultura en el que las mismas ciencias positivas conocen un fuerte debate entre organicistas y mecanicistas. Unamuno, sin ir más lejos, puede sernos muy útil para situar correctamente tales figuraciones del lenguaje:

Por encima de las patrias que luchan el triste combate, álzase la solidaridad de los “intelectuales”, y por debajo de ellos, la de los “cordiales” de los pueblos todos. Lo que de ordinario llamamos patriotismo, el exclusivista, es cosa de la clase media en cultura⁴.

De alguna manera, los intelectuales tienden a creerse la conciencia de la sociedad. Por ejemplo, en diciembre de 1901, declaraba agresivamente Unamuno: "Somos, aquí en España, una minoría de europeos que tenemos el deber y el derecho de imponernos a una mayoría de berberiscos"⁵. Y añadía: "Lo que aquí se impone es una tutela ejercida por los intelectuales, pues otra cosa sería la barbarie". Quien habla es el rector de Salamanca, hombre sinceramente muy próximo a los socialistas, y liberal convencido. Y en una carta a Unamuno, Rodó explicaba cómo en las democracias era necesario "el gobierno de los mejores y más cultos". Desde esta posición de ‘élite’ se sienten capacitados para ejercer la crítica sobre el poder y para influir política y culturalmente sobre el resto del cuerpo social.

³- Rafael Pérez de la Dehesa, “Los escritores españoles ante el proceso de Montjuich”, en *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, México, 1970, pp. 685-694.

⁴- “De patriotismo”, en *Las Noticias* (10-9-1899).

⁵- Carta a José Enrique Rodó de sa fecha.

Esencial en la definición del intelectual, en el momento del nacimiento de esta figura en el marco de la modernidad, es la idea de que es a él a quien le está reservada la misión de “pensar la realidad” desde la imparcialidad. Rechazan los valores de la burguesía, pero tampoco se identifican ya con el pueblo (al menos con el pueblo, cuando este se define como proletariado), y, desde esta situación de declasados, reclaman para sí el lugar de una especie de “aristocracia del espíritu”, cuya responsabilidad no sería otra que la de nutrir de ideas al resto de la sociedad. Así resumía Rodó — tan apreciado por Unamuno— la tesis central de su *Ariel*: “Siendo absurdo pensar en destruir la igualdad, sólo cabe pensar en educar el espíritu de la democracia para que dominen los mejores”.

Los intelectuales, al margen de la profesión que socialmente cada uno de ellos ejerza, desde la legitimación moral que les da el pensarse “aristocracia del espíritu o de la inteligencia”, se sienten especialmente comprometidos con la realidad política y, aunque no se animan a intervenir oficialmente en la vida pública, escuchan seducidos sus cantos de sirena. Su obligación de cara a la necesaria “regeneración” del país no concluye en el ejercicio honesto y riguroso (como reclamaba Ramón y Cajal) de su profesión, sino que, más allá de lo profesional, asumen el deber suplementario de ejercer el control y la crítica del poder, así como el de crear un estado de opinión sobre aquellos temas (la educación, la separación de poderes Iglesia y Estado, la crítica del poder clerical y de los militares, la reforma agraria, la administración de la justicia...), que consideran esenciales para cambiar políticamente el rumbo del país. Una carta de Baroja a Martínez Ruiz, que I. Fox fecha en el 7 de julio de 1901, leemos:

¿Por qué nosotros, gente joven, que aunque no valgamos nada, valemos más que estos señores [los parlamentarios], no hemos de intervenir en estas cuestiones políticas? Inmediatamente la idea: hacer un periódico. Este sería una cosa similar a *La Aurore* (sic) de Clemenceau, una publicación que reunía sin dogma alguno a los socialistas, a los anarquistas y a los intelectuales independientes⁶.

Unamuno, en sintonía con lo expresado por Baroja en el texto que se acaba de citar, define a “la juventud ‘intelectual’ española” como un grupo de pensadores, científicos, literatos, “con voluntad *de influir y de dirigir*”⁷. El subrayado es mío. El desclasamiento de los intelectuales (determinado casi siempre por su “aristocraticismo espiritual” que les hace sentirse “dirigentes”, pero sin acabar de asumir responsabilidades públicas) convierte su discurso en un discurso que, en muchas ocasiones, se enuncia en el vacío.

El “elitismo” fue, sin duda, un error de cálculo en el que cayeron, si no todos, muchos de los representantes de la «inteligencia» finisecular (Maeztu podría servirnos de ejemplo⁸). Y de este error se derivan casi todos los hilos de esa malparada tela en la que, a lo largo de toda la primera mitad del siglo XX, se fue tejiendo el drama de los intelectuales. Porque realmente hay que hablar cuando menos de drama al hacer la historia de los hijos de aquellos que habían creído ver en el escrito de Zola al presidente de la III República francesa la partida de nacimiento de una conciencia intelectual y moral, independiente de los intereses de políticos y de clase por los que se regían tanto proletarios como burgueses. La historia del siglo XX, en su primera mitad parece escrita sólo para demostrar el error de aquellos que un día creyeron en el espejismo de esa especie de cuerpo místico social, con papeles específicos claramente asignados a brazos, estómago y cabeza.

Siguiendo con esta misma desgraciada metáfora (que tantas versiones literarias conoce en el Fin de Siglo) se puede afirmar que la historia de la primera mitad del siglo XX se encargó de

⁶.- La carta fue publicada por José Rico Verdú en *Un Azorin desconocido*, Instituto de Estudios Alicantinos, 1973. Cfr. Inman Fox, “El año de 1898 y el origen de los intelectuales”, *art. cit.*, p. 19, n. 9.

⁷.- “La juventud ‘intelectual’ española”, en *Obras completas*, III, Madrid, Afrodísio Aguado, 1958, pp. 461-471.

⁸.- Remito, por ejemplo, al texto de su conferencia “La revolución y los intelectuales”, pronunciada en el Ateneo de Madrid en 1910.

levantar un teatrillo, para poner en escena un drama bufo en el que brazos y estómago se arrogaron la labor de pensar, despojaron de esa función a la inteligencia, la sojuzgaron y la pusieron a trabajar a su servicio. La historia del siglo XX ha demostrado el error de cálculo de aquellos hijos de Emile Zolá que pensaron que la cabeza podía mantenerse fría y que el esfuerzo pensante de la sustancia gris podía trabajar al margen de la fatiga de los brazos o de los vapores del estómago.

La frase de Millán Astray («¡Mueran los intelectuales! ¡Viva la muerte!»), pronunciada desde el Ayuntamiento de Salamanca, en presencia de Franco y de Miguel de Unamuno, nos repugna por la cultura de la muerte desde la que fue pronunciada; nos repugna por lo que tiene de consigna y de invitación a la acción: y, sobre todo, nos repugna porque conocemos muy bien cómo la historia se encargó de traducir las palabras en hechos. Pero, si fuéramos capaces de hacer abstracción de tanta repugnancia, tendríamos que aceptar que, en 1936, la frase de Millán Astray es sólo la expresión de una hoquedad. El bárbaro general muy bien hubiera podido ahorrarse la munición destinada a los intelectuales, pues los intelectuales se habían suicidado solos. Millán Astray escribe el epitafio, pero en ese momento el intelectual -tal y como el Fin de Siglo lo ha pensado- está ya de cuerpo presente.

En 1936 el intelectual se ha comprometido ya con un partido, se ha convertido en funcionario de una ideología o en asalariado de una empresa. Y en este acto de afiliación, el discurso del intelectual pierde indefectiblemente la independencia y la legitimidad moral con la que se quería ver adornado. En el mejor de los casos, cabe decir que el intelectual ha sido engullido por la maquinaria de los modernos sistemas de producción, hasta convertir su discurso en un discurso *al servicio de...* Si volvemos de nuevo la vista a los tozudos hechos que van tejiendo las páginas de la historia, habremos de reconocer que nadie contribuyó tanto como los intelectuales —tanto o más que los políticos— en la autorización del sistema soviético o del nazismo, cuando en su origen el papel del intelectual se definía en la crítica del poder, pero no en su legitimación.

Es cierto que muchos intelectuales, incluso en los tiempos duros en que resuena borracha la voz castrense de Millán Astray, supieron mantener la independencia de su pensamiento y se negaron a traficar políticamente con sus ideas. Pero, para estos independientes, la sociedad había levantado ya algo, cuando hablamos de ideas, más poderoso que las balas: el silencio. No era preciso matarlos, bastaba con ningunearlos. Pero hagamos un poco de historia.

En 1925, en *El Sol*, con el título “Tres generaciones intelectuales de España”, Luis Olariaga entrega un artículo en el que califica a su generación —la del 14— como “la primera generación de tipo europeo, la primera generación intelectualista”⁹. Y en efecto, la generación del 14 quiso hacer a la vez ciencia y política, llevando a ambos territorios la exigencia de rigor. No puede afirmarse que fueran ellos los primeros en reclamar “hombres competentes” para “la vida pública”. Desde luego no fueron los primeros en tomar sobre sus hombros el objetivo de “investigar los problemas nacionales”. Pero sí que fueron los primeros en llevar el rigor de lo científico al análisis político de “los problemas nacionales”.

Otro de los componentes de esa generación de intelectuales que son los hombres de la llamada generación de 14, el matemático Julio Rey Pastor, presenta a la suya como “una generación vigorosa y optimista”, a la que le correspondió la misión de superar la imagen de esa “España introvertida que deseaba Unamuno, poblada de hombres acurrucados al sol... consagrados a meditar sobre el enigma de la muerte”.

⁹.- Juan Marichal, *El secreto de España*, op. cit., p. 178-9

Sin duda que la valoración de Ortega, cuando vuelve la vista hacia los intelectuales del fin de siglo, no puede ser más exacta: los intelectuales de fin de siglo no hicieron ni ciencia ni política; lo que ellos hicieron fue literatura. Los grandes mitos, los símbolos, las imágenes, según Unamuno, son la expresión de arquetipos inmutables y eternos. Así, la literatura, y especialmente la poesía, puede revitalizar y regenerar, el “alma de la nación”, haciéndola que se reconozca en sus sentimientos y creencias¹⁰. Creo que con razón Azaña, en la línea de Ortega, les reprocha a los del 98 el “confundir emociones con juicios”¹¹.

Los compañeros de Generación de Ortega son plenamente conscientes de que es a ellos a quienes les ha correspondido el trabajo de reconducir a España al seno del pensamiento racionalista moderno, algo que la generación anterior no había sabido realizar. A la generación anterior, polémicas aparte, le reconocen “la hazaña que cumplieron, haciendo universal el horizonte de la cultura española”¹²; reconocen la disposición espiritual y el voluntarismo del Unamuno, cuando el escritor vasco zarandea a los españoles para que salgan de la inercia religiosa castiza, rescatando una sentimentalidad secuestrada en sacristías y en campanarios. Pero a esta misma generación le reprochan falta de rigor en el análisis, exceso de emotivismo, carencia de argumentos (y sobre todo de instrumentos) para la valoración de los problemas reales y concretos, por la carencia de todo sentido práctico. Incapaces de presentar una alternativa política real, lo único que ofrecieron fue una alternativa «histórica». Se contentaron con sintonizar con el “verdadero casticismo”, con zambullirse en las tradiciones populares, como Azorín, o con perseguir las esencias del alma nacional en la literatura y en la lengua supuestamente castizas, como Unamuno¹³. Curtius, creo que con total acierto, afirma de Unamuno:

Para él, la verdad moral es la primera, y a continuación le sigue la verdad lógica. A lo contrario de la verdad moral se llama mentira, y a lo contrario de la verdad lógica, error. Vale más el error en que se cree que no la realidad en que no se cree; que no es el error, sino la mentira, lo que mata el alma¹⁴.

Como Don Quijote, el intelectual (o mejor el “espiritual”) puede estar equivocado, pero su error es capaz de impulsarle hacia la acción. Eso piensa ciertamente Unamuno y, desde luego, la apuesta por el racionalismo que caracteriza el trabajo de los hombres de la generación del 14, no podía estar de acuerdo con tales presupuestos, que enfrentan de manera casi irreconciliable acción y verdad. Como consecuencia de esa manera de pensar, a casi todos ellos podría convenirles lo que Gómez de Baquero afirma de Palacio Valdés: son “hombre[s] inapto[s] para la vida, echado[s] a perder por un exceso de sensibilidad y de intelectualismo, que desviados de sus cauces naturales, engendran un egoísmo suicida, por virtud del cual el sujeto, cuya característica mental es ésta, se convierte en el peor enemigo de sí mismo”¹⁵. Los intelectuales del fin de siglo se encierran en un discurso que se complace en la auto-contemplación y el análisis, y rehuye la acción:

Para estos espíritus superiores —había escrito ya Francisco Villegas en 1893— vale más el por qué [sic] de la vida que la vida misma, y semejantes al niño que por averiguar el

¹⁰.- Véase Richard Cardwell, "Una hermandad de trabajadores espirituales: los discursos del poder del modernismo en España", en *¿Qué es el modernismo? Nueva encuesta. Nuevas lecturas*, Bolder, Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1993, pp. 165-198.

¹¹.- *Plumas y palabras*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1930, pp. 16-17.

¹².- Ortega en el prólogo a Angel Ganivet, *Cartas finlandesas*, Buenos Aires, 1940.

¹³.- “El deber de los intelectuales y de las clases directoras estriba ahora, más que en el empeño” de modelar al pueblo bajo este o el otro plan, casi siempre jacobino, en estudiarle por dentro, tratando de descubrir las raíces de su espíritu”, en “De regeneración. En lo justo”, en *Diario del Comercio* (9-11-1898), recogido en *Obras completas*, IV, p. 1047. Cfr. Richard Cardwell, "Una hermandad de trabajadores espirituales: los discursos del poder del modernismo en España", art. cit., pp. 165-198.

¹⁴.- Robert C. Curtius, "Miguel de Unamuno, excitator hispaniae", *CHA*, 59 (1954), p. 52.

¹⁵.- "Crónica literaria: *Tristán o el pesimismo*, novela por D. Armando Palacio Valdés. Madrid, 1906", *La España Moderna*, 209 (1906), [pp. 178-184], p. 181.

mecanismo de su juguete acaba por destruirlo, así ellos esterilizan la existencia en su afán insaciable por estudiarla y conocerla¹⁶.

Y, escéptico, Unamuno escribe en "Nicodemo el fariseo": "Sé lo que es el intelectualismo, lo he padecido"¹⁷, a la vez que manifiesta su deseo de superar esa enfermedad que la moda positivista ha impuesto al fin de siglo. Azorín se encarga de hacer el diagnóstico de la mencionada enfermedad: consciente de la quiebra de la voluntad, que él ve como fenómeno característico de la modernidad, producto de los excesos de intelectualismo, escribe:

El espíritu moderno, cansado de estudiar lo desconocido y de sondar el gran problema de la vida, ha caído en un escepticismo desconsolador, con el desconsuelo que produce una verdad amarga. El término de esta batalla... es el aniquilamiento total¹⁸.

Quizá en esta enfermedad resida la explicación de esa tendencia de algunos jóvenes, en la realidad y en la literatura del momento, a convertirse en espectadores más que protagonistas; tendencia que Gómez de Baquero define como "la aspiración del pensamiento a suplantar a la acción", y que se plasma en novelas tan características del fin de siglo como *La voluntad* o *Antonio Azorín*¹⁹.

La serie de cargos contra la figura del intelectual finisecular podría ampliarse en varios capítulos, pero con lo visto hasta este punto es suficiente para hacer una afirmación: cuando los hombres de la generación del 14 reciben el testigo de sus predecesores, el intelectual todavía no ha encontrado cuál es su territorio específico de actuación. Merece la pena, en este sentido, que nos detengamos un momento en un texto que me parece muy elocuente. Haciendo la crítica de cierta moda por el análisis del medio, muy en boga en la literatura regeneracionista, un reseñista de la *Revista nueva* escribe

Ahora le ha tocado estar de moda a las mesetas castellanas; antes nadie se acordaba de que en España hubiese tales mesetas; sencillamente se decía: la tierra de Campos o la Mancha; pero alguien ha sacado de los libros de geología o de geografía este nombre tan sugestivo y tan bonito, y rápidamente se ha puesto en circulación; claro es que las tres cuartas partes de los que escriben respecto de la meseta castellana (las mesetas debe decirse, porque son dos) no saben cuáles son sus límites ni por qué llevan este nombre; pero eso no importa; la cuestión es tratar del asunto de actualidad, aunque sea sin conocerlo. Que se ocupen de él los agrónomos, los ingenieros, los geólogos, los que por sus estudios tengan conocimientos técnicos del asunto, está bien; pero que se apoderen de la cuestión cuatro literatos presuntuosos y pseudo-enciclopédicos, extraviando a la opinión, haciéndola creer que puede transformarse a poca costa en rico verjel lo que por sus condiciones climatológicas y geológicas no puede producir nunca como las huertas de Valencia y Murcia: no debe permitirse

Llevad vuestros canales y vuestras acequias a los terrenos de colores rojos en el mapa, a los terrenos graníticos, gueísicos y cámbricos, que allí hay abundantes riquezas en su seno, alegre vegetación espontánea en su superficie y rocas abundantes en materiales nutritivos para las plantas; ayudad allí a la naturaleza, pero no la contrariéis en las mesetas castellanas irremediabilmente pobres, puesto que las sembró al hacerlas de cal y yeso.

Y vosotros, escritores, que habláis de asuntos teóricos sin entenderlos, dejad el campo a los competentes, como yo, que por mi parte, prometo no insistir²⁰.

¹⁶.- Francisco VILLEGAS, "Impresiones literarias", *La España Moderna*, 51 (1893) [pp. 201-205], p. 203.

¹⁷.- Miguel de Unamuno, "Nicodemo el Fariseo", en *OC*, III, Madrid: Escélicer, 1967, p. 126.

¹⁸.- "Impresiones literarias", en *Obras completas*, I, Madrid, Aguilar, 1959, p. 103.

¹⁹.- "Azorín", *Letras e ideas*, Barcelona, 1905, pp. 82-83.

²⁰.- E. H. Pacheco, "LAS MESETAS DE MODA", *Revista nueva*, 9, (1899), p. 400-402.

El texto es espléndido y no carente de gracia. Se trata del texto de un profesional, que, con argumentos bastante certeros, se queja de la poco rigurosa intervención de ciertos intelectuales en cuestiones técnicas que no son de su estricta competencia. En su protesta, no exenta de razón, opone el trabajo de los profesionales y técnicos (“los agrónomos, los ingenieros, los geólogos, los que por sus estudios tengan conocimientos técnicos del asunto”) al de “cuatro literatos presuntuosos y pseudo-enciclopédicos”. Y esta oposición puede ayudarnos a reconocer un territorio limítrofe de ese que el intelectual pretende ocupar: el de la ciencia. En tanto profesionales, el texto de Pacheco les reconoce competencia para hablar de los asuntos técnicos que son propios de su ciencia, pero cuando desde allí se elevan a otros temas alejados de la materia en que ellos son expertos (y la fragmentación de los saberes empieza a ser un hecho precisamente en estos momentos), sus ideas son sólo eso, ideas, en nada legitimadas para operar como “ideas directoras” sobre las de otros grupos sociales. En otras palabras, cuando los intelectuales se ocupan de abstracciones y generalidades que desbordan los límites de su ciencia, dejan de hacer ciencia para producir, sólo, literatura.

Otro espacio fronterizo con el que se encuentra el intelectual de fin de siglo, a la hora de buscar contenidos específicos para su nombre, viene a ser el de la política. Basta recordar la voluntad de acción e intervención política con el que añaden su firma al “Manifiesto de los intelectuales”, como apoyo a la iniciativa de Emile Zola en el asunto Dreyfus (auténtica acta de nacimiento de la figura del intelectual, según la historiografía), para percibirlo. Ya hemos visto cómo Baroja, en carta a Azorín, se considera a sí mismo tan capaz —al menos— como los parlamentarios, para hacer política. Y esta es una idea bastante generalizada. Ortega y Gasset, uno de los pensadores que más empeño puso en la “gobernación intelectual” de España y en la definición del papel del intelectual de cara a dicha gobernación, en 1907, en un artículo en *El Imparcial*, todavía hace una llamada a los intelectuales, para que éstos asuman en el mundo de la política el papel que les corresponde:

Yo invito a los *intelectuales* [la cursiva, en este caso, es del propio Ortega] para que, superando un falso buen tono que les mantiene apartados de los problemas públicos, se conozcan obligados a renovar la emoción liberal y con ella el liberalismo. Aunque yo crea que el liberalismo actual tiene que ser socialista, vengan vibraciones liberales en la melodía que gusten²¹.

En la misma línea, en 1908, con motivo de la celebración en Madrid del octavo congreso del Partido Socialista Obrero Español, Ortega publica un artículo —“El recato socialista”—, en el que llama la atención sobre el hecho de que en el partido socialista no haya intelectuales:

En España—escribe Ortega—el socialismo ha prendido en las mentes de los obreros antes que en las de ningún profesor de economía y aún no se ha dado el caso de que se declare socialista algún pensador o literato de fuste²².

En 1927, sin embargo, las cosas han cambiado sustancialmente en el pensamiento del profesor de metafísica. Y aludiendo a la intensa actividad política desplegada entonces por los universitarios y otros grupos intelectuales opuestos a la dictadura del general Primo de Rivera, Ortega avisa: “España es el único país donde los intelectuales se ocupan de política inmediata”²³. Ya en 1922, haciendo repaso de las conquistas realizadas por los intelectuales desde principios del siglo, lo que destaca es que, en el terreno de la ciencia, “los intelectuales españoles habían conquistado en la estimación de los demás pueblos un puesto para España que desde hacía siglos no ocupaba”. Con esta valoración del intelectual en el terreno de lo puramente profesional, lejos de la arena

²¹. - (5 de octubre de 1907).

²². - Cfr. Juan Marichal, *El secreto de España*, op. cit., 1995, p. 183

²³. - *Ibidem*, p. 175.

parlamentaria, estamos ya a bastante distancia de las viejas arengas de Ortega en favor de la implicación política del intelectual.

Respecto a las veleidades políticas de los intelectuales del fin de siglo, cabe hacer dos precisiones. En primer lugar, sabemos que Baroja se cree tan capaz como los parlamentarios al uso para intervenir en política, sin embargo es dudoso que se sintiera, además de capaz, dispuesto a someter tal capacidad al juicio inapelable de los votos. Pues él, como la mayoría de los intelectuales del fin de siglo, sigue creyendo en el poder de los mejores; sigue teniendo una idea “aristocrática” del ejercicio del poder. Y cuando reclama su derecho a intervenir en política no lo hace en cuanto ciudadano, sino en cuanto parte integrante de esa aristocracia. En segundo lugar, es conveniente preguntarse si no valen también aquí, cuando se trata el tema de la competencia política del intelectual, los mismos argumentos que empleó Pacheco para poner en duda su competencia como “pensadores” cuando su reflexión se sale de los márgenes de la ciencia que les es propia.

Tengo la impresión de que también en este terreno al intelectual, por el mero hecho de serlo, la historia no le tuvo reservado papel alguno de protagonista. Sus derechos a intervenir en política, en todo caso se fundamentarían en su condición de ciudadano, no en su condición de intelectual. En todo caso, el intelectual, en cuanto tal intelectual, posiblemente tuviera mejor afilada su pluma que cualquier otro ciudadano (burgués u obrero) para influir sobre la opinión pública. Pero una cosa es influir y otra, muy distinta, decidir o dirigir. Lo que ocurre es que también en este terreno, en el de la influencia, en el de la capacidad para crear estados de opinión, el papel del intelectual entra en confluencia con otro espacio que, conforme avanza el siglo, va a ir incrementando su poder: el del periodista.

Azaña, en 1923, en un artículo que titula “¡Todavía el 98!”, vuelve la vista hacia atrás, para concluir, sobre la imagen de Costa, que lo que había caracterizado la labor intelectual en el fin de siglo no había sido otra cosa que la inconsistencia crítica, la inefectividad política y un cierto sentimentalismo estéril. Tampoco se equivocaba en su análisis Ortega, cuando afirmaba que los intelectuales de la generación precedente lo que realmente habían hecho bien era literatura.

Pero mucho antes de que Ortega y Azaña dictaran sentencia, muchos escritores del momento supieron entender que, frente a las pretensiones que rodean el nacimiento del término intelectual, el destino del escritor era el arte. Nace ahora también una idea nueva del artista moderno, vinculada a la idea complementaria del “arte por el arte”, del arte sin necesidad de justificación fuera de los propios límites de su creación.

Recientemente, Valentín Puig se preguntaba de nuevo por la misión del intelectual en nuestro presente. Y afirmaba:

Nadie le pide a un poeta más o menos neobarroco, kavafiano, o a un novelista del mito que estén al tanto de los pros y contras de la unión monetaria europea, por la misma razón que, si se manifiestan al respecto, su opinión tendrá el mismo valor que la de un farmacéutico, un modista o una conductora de tren de alta velocidad.... De cualquier modo, el alto vuelo de la literatura no garantiza una opinión valiosa del poeta en cuestión de políticas energéticas para España.

Sin embargo, el propio Puig se lamentaba a continuación de que estamos presenciando el auge de una consideración endógena de la literatura, al margen de otros quehaceres del hombre, como si las ideas fuesen contaminantes y la realidad contaminase.

Esta crítica de Puig a la “consideración endógena de la literatura” es la misma crítica que tuvieron que soportar muchos de los escritores del fin de siglo, contra quienes se lanzó, como se lanza una pedrada, el calificativo despectivo de “torremarfileños”. Sin embargo, tampoco Puig (cien años después) acierta a precisar cuál sea el papel que el intelectual tiene que asumir. A lo más que

llega es a definirlo como periodista: “como en el pasado, [a los intelectuales] puede considerárseles transmisores y no generadores: transmitir ideas cuando antes transmitían ideologías, conectar saberes cuando antes propagaban sistemas”²⁴. Excesivas alforjas para tan corto viaje.

Mucho más perspicaz que Puig, Manuel Vicent, en un acto de masoquismo que le honra, opina de estos “transmisores de ideas” por los que clamaba su colega:

Periodista es ese tipo que escribe a toda velocidad de cosas que generalmente ignora y lo hace de noche y la mayoría de las veces cansado o borracho y que no teniendo talento para ser escritor ni coraje para ser policía se queda sólo en un chismoso o en simple confidente. Esto es un alarde de masoquismo. Yo soy periodista. aunque, como dijo alguien, prefiero que en casa sigan creyendo que toco el piano en un burdel. Cualquiera que presencie un suceso o conozca a fondo un hecho que le concierne, al leerlo en el periódico, encontrara siempre no menos de cinco errores. Imaginen, entonces, qué sucede con un análisis político o con una opinión emitida alegremente al amanecer o en plena nocturnidad con una copa de más.

Y con total acierto y conocimiento de los orígenes de la cuestión, añade:

Leyendo algunas memorias literarias de principios de siglo uno descubre que en el mundo del periodismo se movían unos seres casposos, patibularios, bohemios. Pero al menos ellos se sentían antihéroes y no querían dar lecciones a nadie. Sus querellas las resolvían personalmente a bastonazos en los cafés.

Quizás Azaña se excede en su juicio al repensar el 98, pero la verdad es que los hombres de fin de siglo no acertaron a dar respuesta a la pregunta de para qué sirven los intelectuales, como tampoco acertaron a responderla los hombres de la generación siguiente. Quizás, después de cien años de historia, la pregunta siga sin respuesta.

Por lo que a los intelectuales del fin de siglo se refiere, unos pocos —los menos— se implicaron en política activa (Costa, por ejemplo); otros se limitaron a hacer ciencia (Ramón y Cajal, por ejemplo); los más, sin embargo, acabaron haciendo periodismo. Unos se hacen políticos profesionales; otros se dedican al ejercicio de su ciencia; otros, finalmente, se refugian en la literatura.

La generación de Ortega servirá, en esta cuestión, para aclarar mucho las cosas, hasta hacer casi naufragar aquella vieja idea de una ‘élite’ con licencia para opinar de todo (ciencia o política, por ejemplo), para influir y para dirigir a las masas, y todo esto hacerlo en razón, exclusivamente, de que dicha élite utiliza la inteligencia como instrumento de trabajo. En el horizonte mental de la generación del 14, el político, el hombre de ciencia y el artista tienen ya mucho más definidos sus papeles, aunque programáticamente las cosas no aparezcan tan diáfanas. En su artículo "Socialismo y aristocracia"²⁵, Ortega todavía piensa que al socialismo le espera una alta misión: "la producción de aristocracias verdaderas". De acuerdo con el pensamiento de Ortega, el capitalismo ha transformado la realidad social del país, dividiéndola en dos categorías enfrentadas: la capitalista y la obrera. A los intelectuales, instalados en el centro de la falla que separa a ambas categorías, les estaría encomendado pensar España “como españoles”. Pero la realidad es muy otra. La presencia de los intelectuales en política decrece, a la vez que comienzan a crearse organismos para la ciencia, donde encauzar el rigor de su trabajo, pero “cada uno desde su mesa de trabajo”. Es verdad que determinados acontecimientos (por ejemplo, la primera gran guerra o la dictadura del general Primo de Rivera) consiguieron volver a aglutinar a los intelectuales en proyectos comunes, pero cuando se pusieron a trabajar en favor de los mencionados proyectos lo hicieron, cada uno, desde su propio espacio de competencia profesional.

²⁴ .- “Los intelectuales”, *El país*, 9 diciembre 1996.

²⁵ .- O. C., Madrid, Revista de Occidente, 1983, vol. X, pp. 238-240.

Sólo los periodistas mantienen viva la semilla que la figura del intelectual de fin de siglo había sembrado. Ellos son los únicos descendientes de los intelectuales; los únicos herederos de la vieja idea de “servirse de la palabra” para, con ella, influir en las tomas de decisión que afectan al cuerpo social en que se hallan inmersos. Pero hay una gran distancia del periodista al intelectual. El intelectual se pensó a sí mismo como libre e independiente en sus opiniones. Libertad e independencia sobre la que edifica la legitimidad moral de su pensamiento. El periodista, en cambio, es un asalariado. No digo que el periodista no pueda ser independiente y libre. Digo que, laboralmente, el periodista está al servicio de una empresa, de un grupo con intereses económicos, y casi siempre políticos, muy fuertes. Pero cedo de nuevo la palabra a Manuel Vicente, que conoce muy bien por dentro el mundo al que me estoy refiriendo:

Hoy muchos periodistas son consejeros áulicos de políticos, intérpretes de los designios de la historia, conductores de la opinión pública. No aciertan ni una pero siguen. Algunos convierten sus celos o pasiones privadas en cuestiones de Estado y cuando yerran en la victoria aún pretenden administrar la derrota... Hay que admitirlo. En estas elecciones los políticos han demostrado ser más sensatos e inteligentes que sus asesores o provocadores periodísticos. Tienen derecho a que no les aconsejemos más. Que pacten lo que quieran. Éste será un país aceptable cuando cada uno hable o escriba sólo de lo que sabe, después de haber hecho un par de doctorados. Y aun así no habría por qué creerle.

Pero quizás hay mucho más. La reflexión de Savater que contiene las palabras siguientes es rigurosamente exacta:

Habrán notado ustedes que quienes con más amargura lamentan el sempiterno «silencio de los intelectuales» lo que echan de menos es su protesta o su indignación, no sus raciocinios... Triste consecuencia de ello es que suele ser más gratificante y mejor considerado firmar un manifiesto que sopesar con cierto detenimiento cara al público la encrucijada de valoraciones en que nos movemos. De modo que el intelectual, que podría ser hasta profesor de ética en ciertos casos, guarda la primorosa sutileza de su mente bien guarnecida para los comentarios de texto eruditos que publica en medios especializados y se decanta por el silencio o por el exabrupto cuando se manifiesta ante profanos sobre cuestiones complejas de interés general. Buena manera de mantenerse altivamente respetable, pero mala de ayudar a los conciudadanos a entender los riesgos y méritos de las opciones sociales que se les ofrecen. De esta última tarea quedan encargados los clérigos fulminantes, los nigromantes de la tecnología o el ocultismo y el periodismo sensacionalista.²⁶

El texto de Savater es elocuente en muchos aspectos que nos interesan aquí, pero voy a quedarme exclusivamente en uno, el “silencio de los intelectuales”. La figura del intelectual, tal y como dicha figura se define en el Fin de siglo pasado, ha sido desplazada de la misión que había justificado su nacimiento por “los clérigos fulminantes, los nigromantes de la tecnología o el ocultismo y el periodismo sensacionalista”; y al intelectual se obliga a refugiarse en el trabajo “erudito”, que publica “en medios especializados”, o se le condena al silencio.

Sólo quisiera hacer una precisión más sobre el “silencio de los intelectuales”. Este es inversamente proporcional al griterío creciente del periodismo y de los periodistas. Lejos de esa idea de “Aristocracia espiritual”, que paraliza como rémora el trabajo de los intelectuales, quizás hoy debiera (o, a lo menos, pudiera) repensarse su misión. Y Savater apunta una dirección que me parece correcta: “ayudar —más allá de las capacidades del periodista— a sus conciudadanos a entender los riesgos y méritos de las opciones sociales que se les ofrecen”.

²⁶ .- Fernando Savater, “Vuelve la predestinación”, *El País*

